



Chapucensis

Associació de Modelistes Navals i
Estudis Maritims de Barcelona

Vivencia de Luís Eguílar Gómez

Entrevista en Restaurante Marcelino el 19 de Marzo del 2015

Escrito por Joaquim Rovira el: 28 de mayo de 2015

EL TRAJE A MEDIDA

Nacido en Barcelona, me gusta la ciudad y el mar que moja su costa. A pesar que la actividad diaria me lleva por las callejas de Ciudad Vieja (*Ciutat Vella*), o por las amplias arboladas del Ensanche, el mar siempre está presente en mi ánimo. Supongo que padre, navarro él i madre “castellana vieja”, ya sintieron la llamada del mar.

Desde siempre, nuestra segunda residencia ha sido junto a la playa, en Altafulla. Por mar calma, el estallido del sol flameando en el horizonte, al alba y la cálida beatitud de la puesta del astro sobre las aguas, me insufla alegría y coraje.

Nadar cerca de las rocas, en parte sumergido pero con la cabeza emergiendo por el manto de mil azules, es una sensación que me maravilla, aun ahora habiendo rebasado tiempo a, la juventud. El deseo de descubrir las intimidades del mundo que se oculta allende bajo él, acaeció exigente sin paliativos. El equipo, creo recordar, fue un regalo de mis padres, una emoción que perdura inalterable. Gafas, tubo, aletas para sumergirme. El placer de sentirme uno más entre una manada de peces rodeado de coral y roquedales todavía llena de gozo mi cuerpo y mi alma. No necesito más, pero un buen día mí amigo y vecino me sugirió la compra de un traje de neopreno.

Quizás así podría prolongar la temporada al disponer de un traje que me permitiese soportar las frescas temperaturas a fines del invierno.

Mi amigo me acompaña al almacén. El vendedor me muestra el artículo diciéndome que ese es el de mi talla. Pago y me voy a casa alborozado.

Me urge probarlo. Me desvisto y me introduzco fácilmente en el traje que me va a permitir sentirme aún más, un animal marino.

Paseo arriba y abajo sintiendo esa segunda piel recién estrenada. Me planto en jarras frente al espejo del armario ropero y la imagen que aparece a mis ojos es magnífica; me encuentro francamente guapo. Jamás me he regodeado en semejante frivolidad, pero ese día, fue una ocasión gloriosa. De frente, de espalda, de perfil derecho y del izquierdo. Estoy solo en casa, sin interferencias, me siento crecer de satisfacción. A lo mejor, por ello pasó lo que pasó..., pero vayamos despacio.

Seguro que me hinché con creces, porque ya, más hueco que un gallo de pelea, decido que ha llegado la hora de sacarme el traje de pez y recuperar mi humanidad y, simplemente, no puedo.

Me agarro como para quitarme un pelele, pero no puedo. Con las dos manos, nada.

Inspiro pausadamente varias veces, expulso todo el aire del cuerpo y con delicadeza, pero con determinación, tiro de la goma, pero no se mueve ni un ápice. Comienzo por la cabeza, ¿para qué? Ahora por los pies, eso no anda. Por los brazos, ¡qué va! Me rocío con polvos de talco, todo resbala menos el dichoso neopreno. Me tumbo panza arriba con la idea delirante un intento desesperado de encontrar la forma mágica de sacarme ese cachivache que en mala hora he adquirido, ni por esas.

Bajo la ducha introduzco chorrillos de agua con tiento por la pechera, por la espalda, por los brazos, en un intento desesperado para provocar el resbalamiento de la goma sobre el cuerpo mediante el fluido. Los que resbalan son mis pies con el consiguiente batacazo.

Creo que con más agua, lo conseguiré. Pongo el tapón y abro el grifo, el agua empieza a llenar la bañera. ¡Cuánto tarda! Quizás no tanto, pero la impaciencia me consume.

Ya llena, me sumerjo ridículamente con mi traje de inmersión. Quedo flotando apenas, con la frente y la nariz fuera del agua como un submarino de juguete, pero el traje no sale. Incorporo gel de ducha al proceso para aumentar el efecto deslizante. Parece que más que lubricante sea cola de impacto.

Maldigo el día y la hora de la compra, mi afición a hacer el merluzo y a mi amigo por meterme en semejante berenjenal.

Confieso que soy bastante terco y autosuficiente, puede que ya lo habéis adivinado.

A la postre me trago mi amor propio y telefoneo al amigo que me ayuda, por suerte, sin reproches.